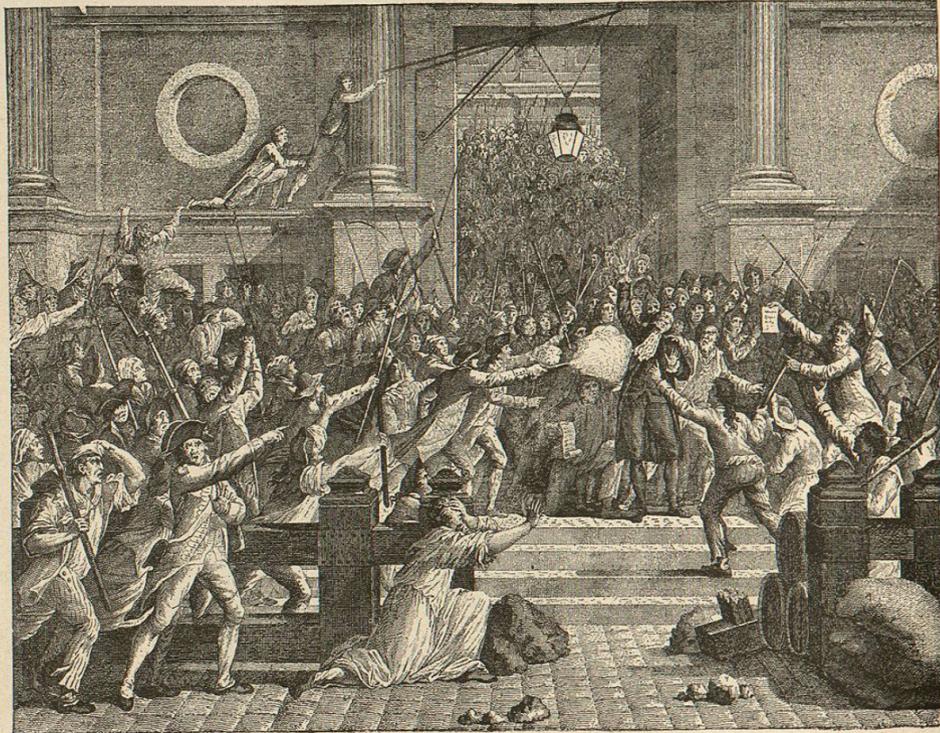


con cuán poco fundamento puede calificarse de «victoria» y de «heróica hazaña del pueblo.» El fuego de fusilería que hizo la pequeña guarnición no salió de los límites de la mas estricta necesidad (1); los cañones solo fueron disparados para espantar, no para hacer daño; y en el momento en que se presentaron los guardias franceses con cinco cañones y en que amenazaba estallar la lucha formal, fué cuando Launay pensó en rendirse. Lo que sucedió despues no fué una lucha noble, sino el furor de infames asesinos contra hombres indefensos que abandonaron espontáneamente las armas bajo la promesa que se les hizo de respetarles la vida. El extran-



Muerte de Flesselles el 14 de julio de 1789.—De un grabado en cobre de Berthault Prieur

labras: «Valientes parisienses, ¡cuán reconocido debo estaros! Me habeis hecho célebre para siempre y colocado por

(1) El *Précis exact* dice acerca del número de muertos: «Treinta personas á lo mas murieron en aquel asalto.»

(2) Enrique Steffens refiere en: *Lo que he visto* (Breslau, 1840, I, páginas 362-364): «Contaba yo diez y seis años. Mi padre llegó á casa entusiasmado; llamó á sus hijos, vimos su agitacion y esperábamos ansiosos lo que iba á referirnos. «Hijos, dijo, sois dignos de envidia porque ante vosotros se ofrece un periodo bello y feliz; si no conseguis crearos una posicion libre é independiente, vuestra será la culpa. Las distinciones de clases y la miseria desaparecerán; el mas insignificante podrá entablar con el mas poderoso igual lucha, con iguales armas y en igual terreno. ¡Que no sea yo jóven como vosotros! Pero mis fuerzas están debilitadas, mis impulsos se han estrellado ante barreras de todo género que no existirán para vosotros. Os creeré muchachos infelices y necios si no os dejais dominar por el poderoso entusiasmo de la época.» Al hablar así la emoción se apoderó de él y llorando necesitó algun tiempo para reponerse. Sorprendidos miráramos á nuestro padre y esperábamos llenos de curiosidad lo que tendría que referirnos. Entonces nos contó con palabras precipitadas, que demostraban la agitacion que en su alma reinaba, las primeras escenas del Palais Royal, el inaudito entusiasmo que se había apoderado del pueblo, la manera como había atacado las

jero pudo entonces y despues ver en la toma de la Bastilla un castigo cuya fuerza simbólica produjo una impresion extensa y vivísima (2); pero en el interior se experimentaron impresiones de muy distinta índole.

Desde el 14 de julio, Paris habia adquirido una celebridad: la del farol en que fueron ahorcados los dos cañoneros. Aquel farol estaba fijado en una casa en cuya esquina habia un busto de Luis XIII y que por esto llevaba el nombre de «esquina del rey.» Desmoulin lo celebró en una obra especial titulada: *Discours de la lanterne aux parisiens* (Arenga del farol á los parisienses), que comenzaba con las siguientes pa-

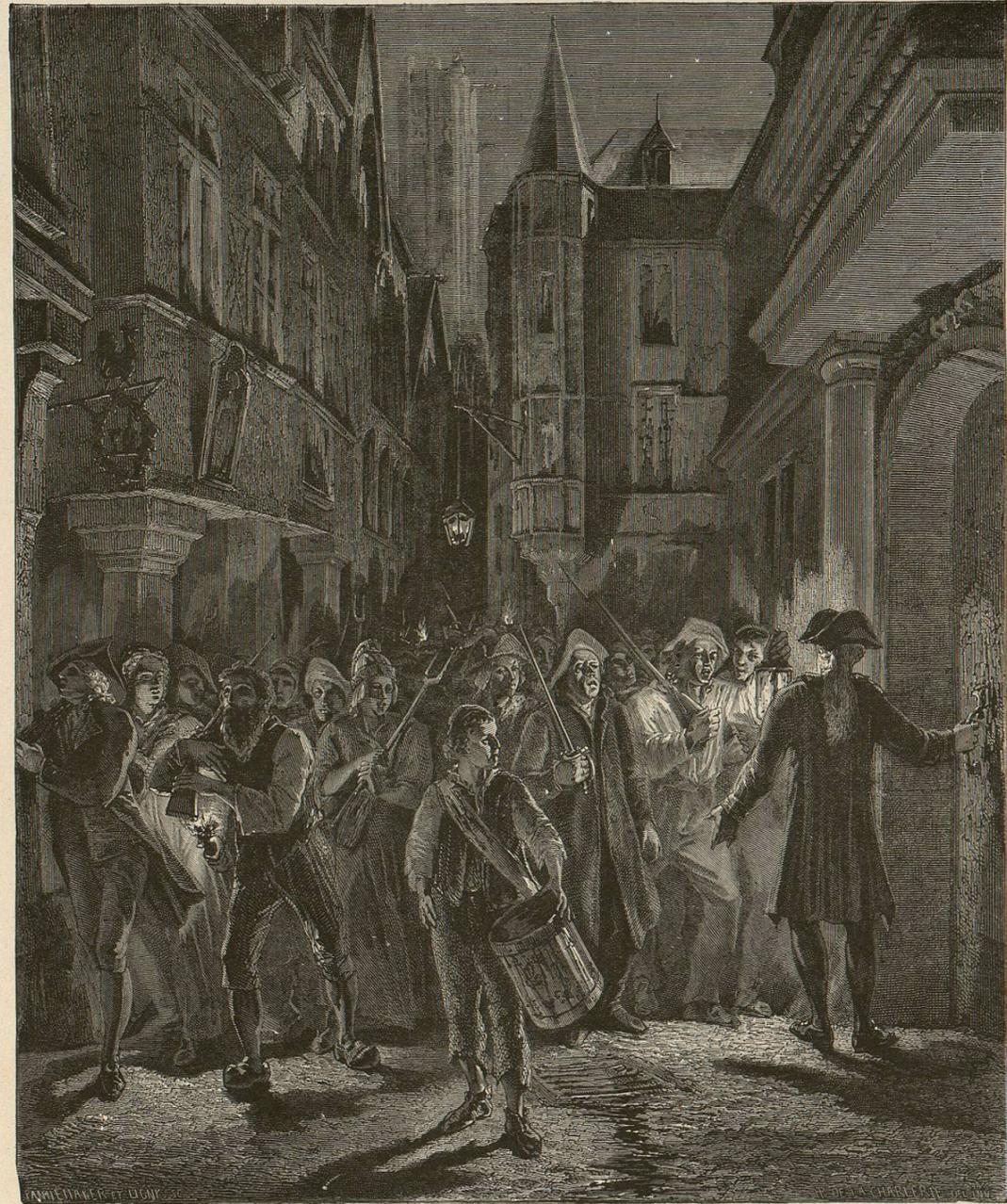
encima de todos los faroles. ¿Qué es la linterna de Diógenes conmigo comparada? Diógenes buscaba un hombre y yo os he encontrado 200,000. En una gran contienda con este Luis XIII, mi vecino, le he obligado á confesar que yo merezco mas que él el nombre de *justo*. Cada día disfruto del entusiasmo de algunos extranjeros procedentes de Inglaterra, de Holanda ó de los Países Bajos, que me contemplan admirados, y veo que no pueden volver de la sorpresa que les causa el considerar que un farol ha hecho en dos dias mas

barreras del poder existente y como las habia derribado, y por último la toma de la Bastilla y la liberacion de los que hacia tantos años estaban siendo víctimas del despotismo.

»Era aquel un periodo admirable; la Revolucion no era francesa sino europea, y habia llegado ya á echar hondas raíces en millones de corazones; las mas elevadas grandezas reconocian y honraban el poder público; la justicia renacia en los tiempos modernos; habiase conseguido una victoria definitiva sobre las instituciones caducas é inútiles, y la Revolucion animaba todos los espíritus libres de Europa, aun en aquellos puntos en los cuales no habia estallado. El primer momento de entusiasmo, aun cuando luego venga un porvenir terrible, tiene algo de puro, de santo, que no puede olvidarse jamás.»

prodigios que todos sus héroes en dos siglos. Ya no puedo contenerme mas, y me admira que no me oigan exclamar: «Sí, yo soy el rey de los faroles (1).» Estas palabras indican la

situacion terrible á que habia llegado la Francia. No solo se asesinaba en medio de la calle, sin que se hablara de perseguir y castigar al asesino, sino que tales crímenes eran cele-



Aspecto de Paris en la noche del 14 de julio de 1789

brados por la prensa como preciosas conquistas de la libertad y de la felicidad de los ciudadanos. En el Palais Royal funcionaba un tribunal criminal, que desde la noche del 13 al

14 de julio formaba listas de proscripcion contra los *enemigos del pueblo* y al cual servian de agentes y ejecutores turbas de infames bandidos. En virtud de una sentencia por este tribunal dictada habia sido asesinado Flesselles. Iguales edictos de muerte se dictaron contra el conde de Artois, el mariscal

(1) *Œuvres de C. Desmoulin*, II, pág. 7.

Brogie, el príncipe de Lambese, el barón de Besenval, Breteuil, Foulon, d'Espremeni, Berthier y otros, prometiéndose una recompensa al que llevara sus cabezas al café del Caveau (1). Aquel tribunal popular anónimo, que debía su derecho, su misión y sus poderes únicamente a su propio capricho y a la cesación de todo poder legal del gobierno, era, con sus esbirros, el único soberano de París.

Desde el día 15 de julio la comisión electoral tenía en la Casa de la Villa un alcalde en la persona del astrónomo Bailly, que se había hecho estimar como presidente de la Asamblea nacional, y la guardia nacional recientemente creada tenía a su vez un jefe en la del general Lafayette, que el día de la caída de Necker había presentado la célebre proposición proclamando los derechos del hombre y del ciudadano; pero la comisión electoral, la guardia nacional y sus respectivos jefes se vieron al poco tiempo impotentes contra los asesinatos y los asesinatos callejeros del Palais Royal. Solo cuando Lafayette, exponiendo su vida, intervenía en algo, lograba salvar la existencia de algún desgraciado. Bailly dice lamentándose en sus memorias: «Yo daba órdenes que ni eran escuchadas ni obedecidas... Se me daba a entender que mi propia vida no estaba segura. En estos desdichados tiempos no se necesitaba más que un enemigo y una calumnia para excitar a las masas. Todo el que hasta entonces había ejercido algún poder, todo el que se había hecho molesto a los amotinados, podía tener la seguridad de que sería perseguido (2).» Cuán desarmados se encontraban enfrente de la sed de sangre de aquellos bandidos caníbales, que se llamaban vengadores del pueblo y de su libertad, nos lo demuestran los horribles acontecimientos que se realizaron el 22 de julio en la plaza de Grève.

Uno de los hombres que con Brogíe y Breteuil debían haber constituido el ministerio del 11 de julio era el consejero de Estado Foulon, amo severo pero inteligente, que durante el último invierno había gastado en sus tierras sesenta mil francos para proporcionar trabajo a los indigentes (3). De él se decía que había pronunciado frases horribles, pero lo que se decía era tan infundado como las palabras que se habían atribuido a Reveillon. Decíase que había dicho que los franceses no eran mejores que sus caballos, y que cuando no tuvieran pan, debían comer heno. El Palais Royal le había condenado y el día 22 de julio debía ejecutarse la sentencia. Preso en Fontainebleau, fué conducido a París aquel anciano de setenta y cuatro años con un haz de heno en la cabeza, un collar de cardos al cuello y la boca llena de heno. Bailly y Lafayette intentaron en la Casa de la Villa salvar al infeliz; ambos fingieron creer en su culpabilidad, solicitando solamente que se procediera contra él conforme exigían la justicia y el derecho; pero el populacho gritaba: «¡Juzgado y ahorcado!» y a la vista de Lafayette y Bailly fué Foulon llevado al terrible farol y levantado al alto de un tirón por medio de una cuerda. Dos veces se rompió esta, cayendo el infeliz al suelo; una cuerda nueva puso término a su tormento, pero aquellos inhumanos ni aun entonces quisieron dar paz a su cuerpo: le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica.

El yerno de Foulon, Berthier, intendente de París, era un esclarecido funcionario que se había distinguido por haber redactado un nuevo catastro de la Isla de Francia con objeto de disminuir la carga de la talla. Por su supuesta complicidad en la conspiración del 11 de julio fué incluido en las listas de proscripción y preso el mismo día que su padre

(1) Taine: *Les origines de la France contemporaine. La Révolution*, tomo 1, pág. 60.

(2) *Mém.*, II, pág. 32. Taine, obra citada, págs. 61-62.

(3) Taine, pág. 62.

en Compiègne. Un elector, rodeado de cuatrocientos jinetes y seguido por un populacho vocinglero, le condujo durante la noche del 22 de julio a París, donde se le enseñaron carteles que habían de constituir una especie de acusación, tales como: «Ha robado al rey y a la Francia. Ha devorado la sustancia del pueblo. Era el esclavo de los ricos y el tirano de los pobres. Ha engañado al monarca. Ha hecho traición a su patria (4).» frases cuya vaguedad demostraba que no podía acusarse de un delito determinado. Acusábasele de haber monopolizado los granos y causado el hambre de París para hacerse rico, siendo así que nunca había comprado ni vendido un solo grano de cereales. A la vista de Bailly y de Lafayette, que poseídos de desesperación imploraban gracia y misericordia, fué Berthier arrebatado por aquellos asesinos de las manos de los que le acompañaban y llevado al farol. Berthier se defendió, para morir a lo menos como un hombre, no como una simple víctima expiatoria, y tomando un fusil de las manos del primero que encontró, penetró por entre las masas que le conducían y murió atravesado por centenares de bayonetas. Mientras aun respiraba, fuéronle arrancados el corazón y la cabeza y puestos el primero en un cuchillo y la segunda en lo alto de una pica, de cuya suerte los pasearon por delante de la Casa de la Villa primero y por el Palais Royal despues, donde aguardaba a los asesinos cubiertos de sangre un alegre festín.

A estos acontecimientos de París siguieron los de provincias, que excedieron a todo lo que describirse pueda. Los «dos amigos de la libertad» han descrito el cambio que entonces se verificó en Francia con las siguientes palabras: «Todos los ciudadanos eran soldados y todos los soldados ciudadanos.» En efecto, todo el edificio del orden existente dentro del Estado se vino abajo sepultando entre sus ruinas a cuanto en él existía. La nación, sin embargo, que había quedado en las tinieblas y sin abrigo ni refugio, vió descubrirse ante sus ojos una imagen de la «Libertad» que heló la sangre en sus venas. Brissot decía en su *Patriote français*: «En las provincias reina una rebelión general, porque ya no sienten el freno del poder ejecutivo. ¿Cuáles han sido hasta ahora las ruedas motrices del mismo? Los intendentes, los tribunales y los soldados; pues bien, los intendentes han desaparecido, los tribunales han enmudecido y los soldados se vuelven contra el poder y en favor del pueblo. La libertad no es un alimento que pueden digerir sin preparación todos los estómagos (5).» En todas las ciudades y villas rurales se organizaban juntas electorales y milicias nacionales tomando ejemplo de París, y aquellos tribunales populares conocían de todos los derechos y deberes que hasta entonces habían sido de la competencia de los intendentes, de los parlamentos y del ejército; pero también ellos fueron impotentes para contener el furor del crimen que se había desencadenado y evitar el asesinato en pleno día, el robo y el saqueo en plena calle y los inauditos horrores que impunemente se cometían, primero en las personas de los intendentes, magistrados, propietarios y dependientes de estos, y poco despues en las de todos los «aristócratas.» Una junta provincial se lamentaba en los siguientes términos: «Cuando todos los poderes están confundidos y destruidos; cuando la fuerza pública es nula; cuando están rotos todos los lazos; cuando no hay quien no se crea libre de toda especie de deberes; cuando la autoridad pública no se atreve a presentarse y cuando es un crimen estar revestido de ella, ¿qué resultados pueden esperarse de nuestros esfuerzos para restablecer el orden?» «Casi nunca, dice otro, una municipalidad recla-

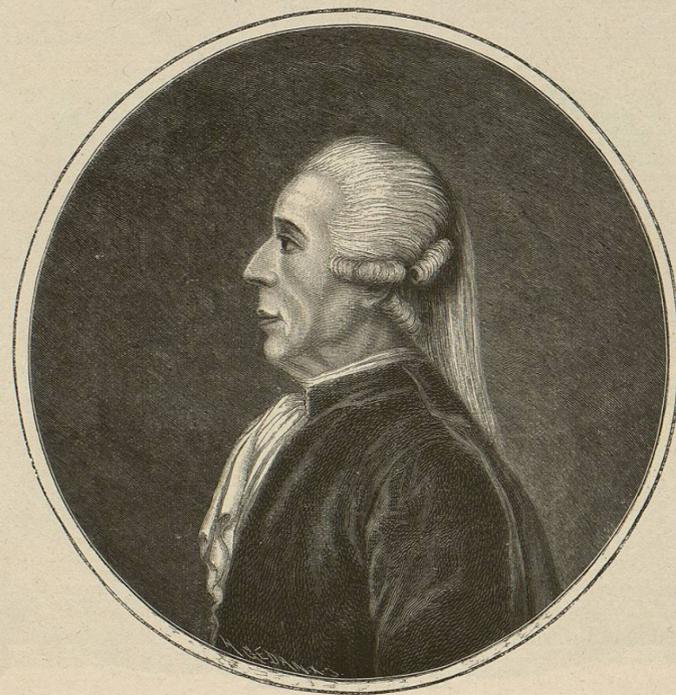
(4) Así lo refieren los «Dos amigos de la libertad», II, pág. 69.

(5) Taine, pág. 73.

mará, sino que dejará cometer toda clase de excesos antes que formular una denuncia de que podrían sus conciudadanos hacerla más tarde o más temprano responsable. Las municipalidades no pueden ya negarse a nada (1).»

La desaparición repentina de todo poder coercitivo es funesta para cualquier Estado, y lo era más para Francia porque esta había vivido como ninguna otra nación sometida al poder absoluto y lo había soportado, por espacio de mucho tiempo, contra el despecho creciente de la sociedad. La hacienda, de la cual hizo ante la Asamblea en 7 de agosto una pintura desconsoladora Necker, que había sido nuevamente llamado al ministerio, fué la que más de cerca tocó las consecuencias del trastorno entonces ocurrido. «El precio de la

sal, decía Necker, ha sido violentamente reducido a la mitad en las comarcas de Caen y Alençon, y este desorden comienza a observarse también en el Maine. La venta de sal y tabaco de contrabando se hace públicamente y en grande escala en una parte de la Lorena, de los Tres Obispos (Metz, Toul y Verdun) y de la Picardía; el Soissonnais y la generalidad de París comienzan a sentir los efectos de tal estado de cosas. Todavía no están restablecidas todas las barreras de la capital; una sola que permanezca abierta hace disminuir considerablemente las rentas del rey. La recaudación del impuesto sobre la bebida se encuentra con los mismos obstáculos; las oficinas son saqueadas, los registros destruidos, la percepción está detenida o suspendida en muchos



Bailly

puntos que sería ocioso enumerar, y cada día se presenta un nuevo síntoma desconsolador. También se retrasa el pago de la talla, del vigésimo y de la capitación, de tal suerte que los recaudadores generales y los de la talla están desesperados y no pueden, la mayor parte de ellos, cumplir sus compromisos. La fuerza del ejemplo ha de hacer cada día más triste esta deplorable situación.» La nobleza y el clero sufrieron los mismos despojos que el Estado: los pagos y las prestaciones provenientes de derechos feudales no se satisfacían y la nobleza feudal se veía perseguida de muerte por los ladrones. En el Franco Condado fueron saqueados o incendiados cuarenta castillos y casas señoriales; en el Delfinado veintisiete, y en las comarcas de Macon y Beauvais setenta y dos castillos fueron robados, incendiados y devastados. En 31 de julio, Lally-Tolendal tenía una lista de treinta y seis castillos arruinados en una sola provincia por el furor de los labradores, sin contar con otras innumerables

(1) Taine, pág. 73.

violencias cometidas contra las personas y contra las propiedades. En el Languedoc, Mr. Barrás fué despedazado en presencia de su esposa, que estaba a punto de parir y que murió de resultas de aquel asesinato; en el Franco-Condado, la señora de Bathilly, amenazada con el filo de una hacha en la cabeza, se vió obligada a ceder sus títulos y bienes; la señora de Listetenay, teniendo una horquilla apuntada al cuello y a sus dos hijas desmayadas a sus pies, se vió obligada a hacer igual cesión. El barón de Montjustin, uno de los veintidos nobles populares, estuvo por espacio de una hora suspendido en un pozo oyendo cómo discutían si lo dejarían caer o si le darían muerte de otra manera. El caballero d'Ambley fué sacado de su castillo y llevado en cueros a su aldea, en donde le arrojaron a un estercolero despues de haberle arrancado los cabellos (2).

Tan horrible era la situación de Francia, que la Asamblea

(2) Taine, pág. 104. De la segunda *Lettre à mes commettants* de Lally-Tolendal.